

jurisdicción. Si se teme que el poder legislativo abuse de sus facultades para expedir leyes contrarias a la constitución, no hay razón que excluya ese mismo temor respecto del poder judicial, que también puede incurrir en errores semejantes y cometer análogos abusos.

Ni se debe prescindir de la consideración de que, en muchos casos, las leyes que lleguen a aparecer en conflicto con la constitución son interpretativas de ésta, y que se procedería contra las reglas de hermenéutica, generalmente aceptadas, si se hiciera prevalecer la interpretación doctrinal de los jueces sobre la legislativa, que es la que se debe considerar como más semejante a la auténtica.”

JOSÉ GNECCO LABORDE

---

## VIDA Y MUERTE

AL SEÑOR DOCTOR DON RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

En medio de una senda de guijarros vestida  
una tarde la Muerte se encontró con la Vida...

Rigiendo su cuadriga que olímpicos corceles  
arrastran a un vibrante sonar de cascabeles  
va la Vida: una virgen de divina hermosura  
envuelta en los encajes de grácil vestidura.  
En su plácido rostro de líneas armoniosas  
se entreabren los rosados capullos de las rosas;  
sus labios purpurinos al sonreír, gentiles  
dejan ver una línea de pálidos marfiles,  
y sus negras pupilas son dos noches que, bellas,  
van regando las luces de doradas estrellas.

En caballo con alas que desgarran el viento  
que al empuje murmura quejumbroso lamento,  
va la Muerte: esqueleto de figura espantosa  
que blande con la diestra de fuerza vigorosa  
esa feral guadaña que al poderoso abate  
y al infeliz arranca del mundanal combate!

Al verse aquellas reinas, con furia se miraron  
y así bajo la tarde silente dialogaron:

—¡Oh Muerte! tén las bridas de tu corcel fogoso  
y escúcha: ¡soy potente! con mi aliento amoroso  
voy llenando la tierra de criaturas. Los hombres  
me buscan por doquiera... ¡oh muerte, no te asombres!  
para gozar del mundo la dicha bendecida  
¿quién no anhela el aliento divinal de la Vida?

—Y en las horas amargas en que impasibles penas  
las ánimas oprimen con hórridas cadenas,  
o pulsán los dolores su fúnebre salterio,  
¡oh Vida! ¿quién no anhela la paz del cementerio?

—Por mi soplo han vivido mil hijos de la gloria  
cuyos nombres poblaron el libro de la historia;  
que vencieron retando las furiosas metralas  
o librando en su mente silenciosas batallas.  
¡Pero tú, fiera Muerte, que todo lo destruyes,  
y al consumir tu crimen, entre las sombras huyes,  
a esos seres te acercas con empeño iracundo,  
y sin piedad ni tregua, los arrancas del mundo!

—Sofréna tus furores, oh Vida, y no te asombre  
que arrebate esos seres del imperio del hombre:  
los menosprecia el mundo,  
y por eso voy siempre, con empeño iracundo,  
separando esos hombres de lumínica gloria,  
como el orfebre el oro de la mezquina escoria.

—Respónde, fiera Muerte: ¿por qué, pues, importuna,  
tántos niños arrancas de su trémula cuna?

—Porque son los querubes que, bajados del cielo,  
en su hogar van regando su fulgor de consuelo;  
pero el mundo, envidioso de mirarlo tan puros,  
blande crueles puñales, cuyos golpes seguros  
aduermen sus conciencias  
y matan en sus pechos las blancas inocencias.  
Por eso, antes que manchen sus impolutas galas

y el ave de los vicios los cubra con sus alas,  
los arranca mi anhelo,  
para tornarlos puros a la región del cielo.

—¿Y qué intentas, blandiendo tu guadaña, que abate,  
en el trágico campo del revuelto combate?

—Escúcha, Vida, escúcha: La guerra es un castigo:  
cada parte, con ansias de romper su enemigo,  
lanza enormes escuadras que en su choque iracundo  
parece conmovieran los cimientos del mundo.  
De esta furia en castigo y entre horrendas fatigas  
caen soldados cual haces de doradas espigas,  
cuando sienten en medio del revuelto combate  
mi guadaña que a todos los mortales abate.

—¿Por qué no huyes del mundo? ¡los hombres te aborrecen!  
los hombres que en un nido de placeres se mecen  
dulcemente, adurmiendo su conciencia sombría  
con el cálido néctar de la dulce alegría!...

—Hombres hay que no han visto la luz de la amargura,  
hombres que entre placeres pasan la vida impura  
y que tiemblan si llego... Pero hay hombres benditos  
que me imploran, mostrando corazones marchitos,  
me acerqué a sus moradas y los libré piadosa  
del penar de la tierra, de esa cárcel odiosa  
donde pasan los años de angustia y sufrimiento  
bajo el azote horrible del bárbaro tormento!  
¡Ay de aquéllos que viven en medio de alegrías:  
cuando llega el ocaso de sus felices días  
y mi feroz guadaña los arranca del mundo,  
caen las almas eternas a un abismo profundo!  
Mas, aquellos que viven rodeados de amargura  
los saco de este mundo de triste desventura,  
los conduzco a los goces de su patria querida  
y dándoles la muerte les doy la eterna Vida.

—Eres, ¡oh fiera Muerte! terrible e importuna.  
A muchos los arrancas de su trémula cuna;

a muchos, tras angustias y tras dolor profundo  
los privas para siempre de los goces del mundo;  
a otros los corazones detienes en los pechos,  
dormidos en la tibia molicie de sus lechos,  
o en medio de sus goces, sin darles un instante  
para decir sus faltas con labio agonizante.

—¡Que estén los hombres listos! ¡que estén sus almas puras!  
para cuando del mundo de tristes desventuras  
quiera ansiosa llevarlos a mi tranquilo imperio:  
allá... a las blancas tumbas del negro cementerio!

—¿Por qué tan cruel eres? ¿no has visto sus momentos  
últimos?... , azotados por dolores violentos  
se agitan en la angustia de horribles convulsiones  
mientras se apaga el ritmo de aquellos corazones.  
—Las almas que con ansia quieren dejar la tierra,  
para llegar al sitio que el Bien eterno encierra,  
vuelan acompañadas de inefables consuelos,  
pues saben que les abro la puerta de los cielos!  
Pero hay almas que temen mi mandoble sagrado,  
porque son como flores que marchitó el pecado.  
Esas almas, sintiendo que mi feral guadaña  
va a sacarlas del mundo, con una angustia extraña,  
en su mansión de carne se agitan, de sombrías  
visiones espantosas se pueblan; esos días  
de shojados en medio de placeres horribles,  
se les presentan llenos de recuerdos terribles,  
y con furor violento  
les aumentan entonces el hórrido tormento.  
Cuando dejan del mundo las hondas amarguras,  
estrecha cuenta rinden al Dios de las criaturas;  
y luégo... aquellas almas van al terrible infierno,  
do, lejos de las manos de aquel buen Dios eterno,  
padecerán por siempre dolores inclementes  
entre correr de llantos y rechinar de dientes!

—¡Los hombres son muy buenos! ¿Por qué, Muerte traidora,  
los arrancas del goce que la tierra atesora?

—¡Cállala, Vida! Los hombres tienen maldad de fieras,  
y por eso, potentes, mis hijas vocingleras,  
Hambre y Peste, en el mundo van, con ímpetu fuerte,  
fomentando el imperio de su madre, la Muerte!

—¡Oh Muerte! ¡Soy la reina de todos los mortales!  
¡Los hombres me idolatran; en sus terribles males  
me invocan anhelantes; con amargura extraña  
gimen, al ver que arranca tu sórdida guadaña  
los seres que más quieren. . .  
Colocar en las manos, temblando, la cabeza,  
y de sus ojos brotan rosarios de tristeza!

Al escuchar la Muerte las palabras sombrías  
relucieron centellas en sus cuencas vacías,  
y respondió furente, con su voz cavernosa:

—¡Oh Vida! ¡Soy del hombre la reina poderosa!  
¡Arranca mi guadaña, con ímpetu violento,  
los seres a que infundes el virus de tu aliento;  
con el poder más grande que los siglos han visto,  
en la cruz redentora di muerte a Jesucristo,  
quien, al morir en ella, con muerte bendecida  
me convirtió en principio de interminable vida!

Destrozada la Vida por un pesar profundo  
dejó que su cuadriga rodara por el mundo. . .  
mientras con la guadaña potente y atrevida  
va segando la Muerte lo que siembra la Vida.

NICOLÁS BAYONA POSADA

Colegio del Rosario, mayo de 1915

